

SE PUBLICA LOS
DOMINGOS

La correspondencia
al Director
Picadero, 19

Orientación

ANO II
Número, 42
Valdepeñas (C. Real)
22 Marzo 1936

De los trabajos pu-
blicados responden
sus autores.

Semanario de Izquierda Republicana
DIRECTOR: SALVADOR OTERO

Resistencias Inútiles

La Universidad y la República

Creemos oportuno subrayar la trascendencia de los dos decretos publicados por el ministro de Instrucción Pública para poner coto a las perturbaciones producidas con fines políticos en la vida escolar. Ambas disposiciones realizan perfectamente lo que debe ser norma esencial en punto a la defensa del orden público y de la República.

La reacción se jacta infundadamente de haber ganado para su causa, en diversos países, a la Universidad. No hace muchos días, un periódico madrileño de tendencia ultraderechista registraba con alborozo los motines estudiantiles de París contra el profesor Jezé y el intento de agresión contra el decano de la Facultad de Derecho de Madrid. De estos sucesos deducía, con evidente falsedad, la consecuencia de que las nuevas generaciones intelectuales apostatan el liberalismo de sus antecesores para abrazar con entusiasmo las teorías dictatoriales. La Universidad —venía a decir— está con nosotros.

Por fortuna, ni en España ni en el resto de Europa ha caído la Universidad en semejante aberración. En cuanto representa ciencia y trabajo, como en lo que tiene de brío juvenil, la Universidad sigue su vía natural, al lado de la democracia y de cara al progreso social. Los disturbios de París, como los de Madrid, son obra de una fracción, lanzada a la violencia con el vano propósito de oponerse a la función niveladora y justiciera que, ineludiblemente, debe desarrollar un Estado democrático. No son, pues, la inteligencia y la cultura las que se insurgen; no son los «cleres» quienes traicionan; la rebelión la fomenta el orgullo de casta y los privilegios condenados a desaparecer.

Esta actitud desesperada es la característica del fascismo. Mientras les fué posible, las clases privilegiadas disfrazaron sus doctrinas y se ocultaron tras de muchedumbres alucinadas por un espejismo demagógico. Pero, descubiertos su verdadera personalidad y su objetivo real, esos núcleos tienen que actuar por sí mismos; y así, en España, los cabecillas fascistas no son socialistas renegados ni trabajadores, sino ex marqueses, millonarios, señoritos ociosos. ¿No habían de procurarse concursos para su ofensiva contra el régimen en ciertos sectores universitarios? No podían obtenerlos, ni los han obtenido entre los estudiantes con vocación y con aptitud; pero sí entre los vástagos de familias encoquetadas, que buscan un título académico para decorar su vagancia, sin ninguna intención de rendir a su país su esfuerzo útil. De esta condición son los fascistas universitarios que constituyen partidas armadas y ejecutan atentados contra eminentes figuras de la República.

Algunas organizaciones fascistas reclutan preferentemente sus prosélitos de acción en este medio. Encarrilando en el terrorismo a unos centenares de jóvenes, niños más bien, porque la mayoría no cuenta más de quince años, las derechas subversivas se hacen la ilusión de que han captado para sus ideas liberticidas a la Universidad. Contra esa labor corruptora, que reemplaza los libros por revólveres, favorece la delincuencia criminal e intenta, aunque no lo consiga, aislar a los intelectuales de la nación, ha dictado el ministerio de Instrucción Pública los decretos que comentamos, y que conceptuamos excelentes por su energía, por su eficacia y por su magnífica ejemplaridad.

Los estudiantes que en vez de estudiar se enrolan como pistoleros no tienen nada que hacer en la Universidad. Los puestos que detentan—si es que los ocupan efectivamente—en las aulas los cubrirán con más fruto y mayor justicia otros muchachos capaces y laboriosos, cuya falta de medios económicos les veda el acceso a la Universidad.

En la España actual, irrevocablemente adscrita a la democracia, sobran parásitos, y no hay sitio más que en la cárcel para los que desacatan la voluntad nacional.

Subterfugios Derechistas

Ante las Elecciones Municipales

El resultado de las elecciones pasadas no es para las derechas demasiado alagüeño. Así se explica que la determinación del Gobierno de celebrar el mes que viene elecciones municipales haya sobrecogido. No hace muchos días, los derechistas apenas concedían crédito al propósito y tenían la esperanza de que el tiempo que todo lo borra, borrara de su clientela el desaliento recogido el 16 de febrero.

Falso que de la situación irregular de los Ayuntamientos sean culpables las izquierdas. Las izquierdas han restablecido la única legalidad posible, que son los Ayuntamientos del 14 de abril de 1931. El sistema de las Comisiones gestoras lo implantaron las derechas de tan siniestra memoria en materia de administración local. Al parecer, la Prensa reaccionaria quiere olvidar que el Gobierno Azaña cayó en 1933, a raíz de aquella conjuración antirrepublicana, cuando se disponía a celebrar elecciones municipales. Las izquierdas no rehuyeron nunca la apelación al sufragio. Recuérdese que al Ministerio republicanosocialista se le computó como derrota la elección parcial de los «burgos podridos», podridos, por cierto, de la misma podredumbre caciquil que luego se apoderó de los Ayuntamientos en el bienio radicalcedista.

Comprendemos la prevención con que las derechas reciben el anuncio de nuevas elecciones. Pero no es justo que el temor a la inminente derrota les haga apelar a subterfugios tan inhábiles como ése de preguntar en qué condiciones van a ir las derechas a esa lucha. Pues en las condiciones normales, bien distintas, por cierto, a las que se les ofrecieron a las izquierdas últimamente con el contubernio establecido por el Ministerio Portela con los cedistas y radicales de las «candidaturas antirrevolucionarias». Si las derechas, con todo el Poder en la mano, coaccionando desde los Municipios y las Diputaciones, han perdido las últimas elecciones, es lógico que se juzguen de antemano derrotadas faltándoles los apoyos oficiales. Por eso se ponen la venda antes de la herida. Saben de sobra que a esas elecciones todos los partidos irán en iguales condiciones. Los manipuladores de votos no están en los grupos del Frente Popular, sino en la acera de enfrente. Veáanse las actas que actualmente está examinando el Parlamento y júzguese a cargo de qué elementos corren la violencia y el terrorismo electoral. Lo que no podrá ocurrir en las jornadas de abril, como no pudo suceder en las pasadas, es que la artimaña la coacción y el soborno triunfen sobre la voluntad de los electores. Cada votante vigila su propio deber, y, aun inhibidas o adversas las autoridades, de las urnas sale lo que quiere el país.

Las izquierdas dan a la lucha próxima la importancia que en sí misma tiene. Se trata, en efecto, de unas elecciones administrativas; pero para la reorganización del Estado español son de excepcional importancia los organismos locales y provinciales, base de su transformación. El Gobierno, convocando inmediatamente a elecciones, da la medida de lo que le importa a la República la regularización de la vida municipal. En ella se probará la capacidad de los partidos políticos y se ofrecerá a la opinión el ejemplo estimulante de lo que es la administración republicana a través de los cuadros del Frente Popular. Se liquidarán para siempre costumbres y usos del antiguo régimen, traspasados al nuevo con la complicidad de cierto republicanismo que ya en la monarquía se había desacreditado.

Por eso las izquierdas se proponen llevar a los Municipios personas aptas y responsables que colaboren desde esos puestos de lucha en la obra—compleja, pero no difícil—de levantar un nuevo Estado. Los partidos, que no han desmovilizado todavía sus cuadros, deben lanzarlos a esta nueva campaña sin que les enerve la primera victoria, etapa inicial de las que todavía esperan al Frente Popular para el triunfo definitivo. Dentro de la ley, toda la actividad han de ponerse en juego.